

EL DESENCANTO DE LA IZQUIERDA FRANCESA

nómica sigue pesando cada vez más sobre los asalariados; y, sin embargo, el triunfo parecía próximo a conseguirse. Es difícil para esta opinión general de la izquierda comprender otra cosa que ésta: la voluntad de unificación ha desaparecido. Y aparece la sospecha de que pueda no haber existido nunca, y que las direcciones de cada uno de los partidos la hayan querido utilizar siempre para cabalgar sobre los lomos de los otros. Los comunistas, sobre la extensión de una izquierda moderada y, sin embargo, fuerte que ofrecía al Partido Socialista renovado por Mitterrand, y para salir del "ghetto" de la guerra fría, para probar que su eurocomunismo era útil; los socialistas, para utilizar la capacidad de organización y

la eficacia del PCF, para librarse de las acusaciones de derechismo que se ganaron en la época de la guerra fría y en los momentos de las guerras coloniales —Indochina, Argelia— y por la sospecha de que podrían ser mayoritarios en la coalición y en los resultados electorales. Los radicales de izquierda, porque su minúsculo partido podría tener así una ocasión de llegar al poder sin renunciar a su vocación de izquierdas. ¿Y si el documento de 1972, momento estelar de la política general de la izquierda, ilusión colectiva, no hubiera sido nunca más que un mercado de astucias, un juego de quienes dirigen los partidos? Se habría comenzado a romper ahora precisamente por la proximidad del poder: por la forma de dividirse lo que todavía no se ha ganado. Y porque habría ya una disputa pre-electoral en cada uno de los grandes partidos: más que arrebatarse votos a la derecha, tratarían de quitárselos unos a otros. Es evidente que, aun dentro de la unión,



Comunistas, socialistas y radicales, durante su última reunión: tampoco esta vez lograron ponerse de acuerdo.

cada partido va a conservar su personalidad electoral. Y no es lo mismo que sea el Partido Socialista o el Comunista el que, dentro de la unión, obtenga mayor número de diputados. Ciertamente que parecía haber un acuerdo general en

que fuese Mitterrand quien presidiese el Gobierno —por razones de prudencia, por no alarmar; por no crear el escándalo nacional e internacional de un presidente del Gobierno comunista en Francia, junto a un presidente de la República derechista—; pero no lo presidiría lo mismo si, dentro de la coalición, el PCF fuera dominante.

Esta opinión de desprecio es la que puede estar ya haciendo perder votos a la unión de la izquierda —a la supuesta unión de la izquierda—, a la velocidad más o menos que precedía Deferre (algunas auscultaciones señalan al día siguiente de la última ruptura una pérdida del 1 al 2 por 100 del electorado). Es una opinión que se centra en la idea de que no hay un culpable de la ruptura, sino lo que lo son todos. Al margen de ella, hay otra consideración de tipo filosófico sobre la tendencia de la izquierda a divertirse. Es aquella que estima que la división está en su propia naturaleza. Siendo la izquierda una reflexión continua sobre los problemas que se van planteando, una defensa de la libertad de pensamiento y de expresión, una vocación de pluralismo, parece lógico que en su propio seno florezcan continuamente las "cien flores" de la retórica de Mao, y las cien escuelas que la subdividen a cada encontronazo con la realidad. Sería entonces la derecha la que abordaría la política de poder con un esquematismo mayor, como una defensa de intereses más que programas teóricos, con un sentido práctico. Estas distintas naturalezas impulsarían a la izquierda a una división continua, a la derecha a una formación de bloques defensivos. Y, por lo tanto, a unos resultados electorales siempre parecidos. La esperanza de que la pluralidad teórica e ideológica de la izquierda pueda mantenerse dentro de unos grandes denominadores comunes se fija de cuando en cuando en grandes momentos, en situaciones especiales: como la de los frentes populares de los años 30, o precisamente como la del programa de 1972. Una esperanza que, finalmente, nunca cuaja, y que sitúa a la izquierda en una situación especial: la de influir desde la oposición. La de combatir desde fuera: como un poder externo. ■

El acoso a LE MONDE

PARIS.—El vespertino *Le Monde* lo tiene todo para ser un periódico feliz. Ningún diario francés (y escasos en el mundo) han adquirido tal dimensión institucional; pocos han suscitado tantos estudios, tesis y análisis; ninguno en Francia conoce, como él, un aumento constante de la venta. Pero, corolario de todo ello, raros son los que provocan tantos ataques. *Le Monde* irrita porque posee un valor real, tanto en los círculos políticos como en las Redacciones de los demás periódicos.

Los asaltos a *Le Monde* arreciaron desde hace un par de años. Se debe a que, por primera vez, este diario había abandonado su tradicional "imparcialidad" para tomar posición en favor de François Mitterrand en las elecciones presidenciales, y luego, apoyando a la unión de la izquierda y el programa común, en las legislativas.

En estos dos años se publicaron dos libros de sendos ex cola-

boradores del periódico, en los que explicaban cómo había que leerlo, la forma de interpretar los condicionales, los matices de las famosas frases entrecomilladas y la sutil dosificación de las "tribunas libres" que no comprometen al periódico, que le dan una aparente imparcialidad, etcétera, etcétera (1).

Fueron otros tantos alfileretazos que no hicieron mella en la sólida armadura del periódico, y ante la proximidad de las elecciones legislativas (marzo del 78) el gran capitalismo francés decidió atacar a *Le Monde* en su propio terreno: desde el 19 de septiembre circula un nuevo vespertino dirigido por Joseph Fontanet, ex ministro centrista, que interpreta a su manera la fórmula de Clauswitz: "el periodismo es la continuación de la política con otros medios".

El nuevo diario se titula *J'In-*

(1) Ver *TRIUNFO*, número 697. La objetividad (entre comillas) de *Le Monde*.

firme, lo que puede parecer repelente, pero que fue establecido tras un exhaustivo estudio del mercado.

NO es la primera vez que se trata de hundir a *Le Monde*. En 1956, el patronato francés, el CNPF, lanzó un diario llamado *Le Temps de Paris* que vivió exactamente sesenta y seis días. El gran capitalismo no quiere repetir la misma experiencia, y a juzgar por los muros y paradas de autobuses de París —llenos de publicidad—, el respaldo económico parece inmenso. Pero —también resultado de la lección anterior— el CNPF no aparece oficialmente al frente de la operación. En cambio, se encuentran entre los accionistas los directores de grandes empresas, como *l'Oreal*, miembros de partidos políticos de la mayoría actual, hombres de Chirac, etcétera.

"Tenemos dinero y venceremos", dice el director y ex ministro, a la par que niega la existencia de una operación anti-*Le Monde*. Pero la guerra entre ellos está casi declarada. Ya ha empezado a la hora de salir a la calle. *J'Informe* aparece antes que *Le Monde*, y éste ha adelantado un cuarto de hora su salida.

Los colaboradores del nuevo diario están un poco impresionados ante la perspectiva de la batalla contra la institución colega. "Nuestro objetivo consiste en ofrecer un periódico al público del centro o del centro derecha que no está de acuerdo con la línea de *Le Monde*, y lo lee porque no hay otra cosa seria". Su ambición se limita a vender 120.000 ejemplares diarios, lo que al lado de los 600.000 de *Le Monde* resulta modesto. Pero Fontanet no tiene esos complejos. "Incluso si no vendemos más de 50.000 ejemplares durante dos meses, continuaremos". ■



El nuevo periódico parisense, dirigido por el ex ministro Fontanet, tratará de hacer mella en el prestigioso "Le Monde".

